

Contaminación simbólica: una forma más de violencia sociocultural

Gustavo Gutiérrez de Hoyos*

Expuesto a las exhibiciones de cabezas decapitadas en el puerto de Acapulco, quise indagar sobre el tema, plantear algunas antecedentes histórico-culturales del fenómeno e incursionar en su redefinición. El objeto del trabajo es, en primer lugar, continuar con la discusión que sobre violencia se viene dando en el ámbito académico. Segundo, recordar sin asombro que esta práctica ha estado presente desde las postrimerías de civilizaciones como la judía y la azteca. Tercero, rescatar *ad hoc* el tema desde el enfoque de los estudios antropológicos, relativos a la contaminación simbólica, e incursionar en la reinterpretación de los hechos de este 2006, como actos de contaminación simbólica que han reaparecido, no sólo en México, que tiene el segundo lugar, configurando una forma más de violencia sociocultural en el mundo contemporáneo.

De la delincuencia de unos al crimen organizado de otros

En México durante los últimos años, de manera coincidente con la agudización de la crisis terminal del régimen autoritario y en estrecha relación con la búsqueda y lucha por la democracia, manifiesta en la alternancia gubernamental que no en rutas claras hacia la transición democrática y la reforma del Estado; la violencia en todas sus formas y manifestaciones ha

reaparecido, tanto en el mundo rural como en el urbano.

Sólo basta recordar las masacres que se han vivido en la provincia como son el caso de Aguas Blancas, Guerrero 1995, en donde la policía emboscó a civiles sin motivo alguno resultando varios muertos. A su vez, están los enfrentamientos político-religiosos entre grupos étnicos, como el caso de las “abejas” en Chenalhó, Chiapas, que en 1997 dio como resultado la ejecución de familias inocentes. Estos acontecimientos han marcado el imaginario colectivo del mexicano desde la década de los noventa y han representando el inicio de un nuevo ciclo de violencia que ahora, creemos, está llegando a los momentos más álgidos.

Ni que decir de los actos violentos que se han vivido en la ciudad de México y su zona metropolitana, desde fines del siglo XIX, mismos que se han agudizado a partir de principios del nuevo siglo. Se pasó de un fin de siglo en el que se daban asaltos menores con gran violencia a un inicio de milenio con linchamientos colectivos inmolando públicamente a quienes detentan el uso legítimo de la violencia (Weber). Éste fue el caso de la comunidad de San Juan Ixtayopan en la delegación Tláhuac en 2004, cuando quemaron vivo a un policía y a otro lo mataron de los golpes. Recientemente basta ver el caso de San Salvador Atenco, Estado de México, los días 3 y 4 de mayo de 2006 en donde la

* Profesor-Investigador, Instituto Internacional de Estudios Políticos Avanzados, Universidad Autónoma de Guerrero.

inconformidad de unos comerciantes de flores y la mala gestión para la resolución de conflictos de las autoridades competentes en la materia, acabó en una batalla campal contra la policía.

En este último ejemplo, afloró la incapacidad de los cuerpos de seguridad pública de todos los niveles de gobierno (municipal, estatal y federal), para ejercer profesionalmente el poder y hacer valer su autoridad, no pudiendo controlar la revuelta sin exceso de violencia, menoscabando la posibilidad de hacer valer el estado de derecho de un sector de la población que no encontró los causes institucionales para inconformarse.

Este tipo de actos reflejan que la violencia ha reaparecido porque el Estado y sus instituciones en manos de los gobiernos en turno, sean de cualesquiera partidos políticos, no están siendo operadas con base en una cultura política democrática en donde todos los actores, organizaciones y públicos converjan en la reconstrucción social de la realidad mexicana. No cuentan con las condiciones para favorecer la restauración del tejido social que la sociedad civil requiere, para expresar sus demandas y satisfacer sus necesidades, en un contexto de interacción de mayor equidad y respeto de la *otredad*.

La decapitación y exhibición pública como contaminación simbólica

La violencia se ha exacerbado en todos los lugares y ámbitos del país, han reaparecido todas las formas de violencia conocidas en la humanidad¹. A México ha regresado la práctica de la decapitación, tradición y acto ritual de guerra durante el dominio Azteca. Los restos arqueológicos yacen en el Templo Mayor. Se trata de zompantlis o vallas con varios niveles e hileras de cráneos expuestos a manera de trofeos de guerra, que ahora se pueden apreciar en monolitos de piedra esculpida, en los que se representa la exhibición de cráneos de los vencidos ofrendados al dios sol; Tonatiuh. También durante el movimiento independentista de la Nueva España, se volvió a practicar la exhibición de las cabezas de los revolucionarios, entre ellas la de Hidalgo, intimidando al pueblo y derrocar los ánimos de independencia política de la corona española.

El caso que queremos ponderar son los “cortadores de cabezas”, pero no del Amazona que alguna vez divulgó la

¹ Hay que recordar que eventos como la revolución francesa se resumieron con base en el uso de la guillotina, coadyuvando a la construcción de la modernidad, por ello no es de sorprender que en Arabia Saudita la decapitación esté todavía incluida en las leyes penales vigentes.

antropología en el Mato Grosso del Brasil², sino el de los cárteles del golfo y el pacífico que al parecer luchan por la llamada “plaza” del municipio de Acapulco de Juárez, dando muestra de su crueldad en la vía pública y los espacios públicos del municipio en donde han sido exhibidas las cabezas³.

De enero a septiembre se han registrado al menos 18 exposiciones, representando un evento por quincena que contamina simbólicamente a la sociedad, aunque las agresiones no sean dirigidas a ella.

De los victimados, cinco cabezas se han expuesto en oficinas de la administración pública municipal: una en la escalera de la Presidencia Municipal y otras cuatro en la entrada de la Secretaría de Finanzas. Hay quienes como el Dr. Luis González, experto en criminología e investigador del Instituto para la Seguridad y Democracia (Insyde), consideran que a pesar de que la exhibición pública magnifica el significado, los actos no van dirigidos a la sociedad en general.

Pensamos que si bien la narcoguerra tiene sus propios bandos y busca amedrentar al Estado, al tiempo que paraliza a los gobiernos, el efecto que tienen estas escenas grotescas en los medios de comunicación, trasciende al imaginario colectivo (sobre todo de quienes lo vivimos de cerca) y lo vuelve un acto de contaminación simbólica, que a su vez se traduce inmediatamente en una forma más de violencia sociocultural.

Sin embargo, este tipo de violencia simbólica que contamina al ciudadano común, que lo aterroriza e intimidando al Estado, no sólo se presenta en la bahía de Santa Lucía, Guerrero, también se ha exhibido en Rosarito, Baja California, Monterrey y en Apatzingán y Aguililla, Michoacán⁴. Esto se traduce en una forma más de violencia que tiene a México en el segundo lugar de la lista de países en los que aún se practica la decapitación⁵.

² La etnología documenta el caso de la tribu de los Jíbaros a orillas de la selva amazónica, con una tradición india de cortar cabezas a enemigos, reduciéndolas al tamaño de una naranja con el fin de utilizarlas como fetiches de guerra y defensa.

³ El antecedente más significativo se remonta a 1989 cuando fue ejecutada la esposa de Héctor el Güero Palma a quien le enviaron su cabeza. Daniela Rea Gómez, “Decapitaciones, la nueva amenaza” en *Enfoque*, Reforma, núm. 645, 30 de julio de 2006, p. 11.

⁴ El primer caso registrado de la serie de este año se dio en Michoacán, estado como Sinaloa y Guerrero, en el que operan cárteles del narcotráfico.

⁵ El primer lugar lo tiene Iraq con Al Qaeda, el tercer lugar es Guatemala con Maras y Kaibiles, en cuarto lugar está Afganistán con el sector Talibán. Daniela Rea, *Op. cit.*, p. 12.

Antes de continuar con la configuración del fenómeno de las decapitaciones como un hecho social (Durkheim) de contaminación simbólica, como una forma más de violencia que en este caso se ejemplifica con la narcoguerra, permítanme ilustrarles partes de la tradición judeocristiana en materia de decapitaciones, como un acto sociocultural simbólico que ha tenido trascendencia histórica y cultural. Sobre todo en la explicación de la reorganización de los grupos en lucha por el poder y el control geopolítico en y de algunas áreas del mundo, en este caso el medio oriente.

La decapitación como un acto de fe o de negación de la identidad

En el marco de la historia de las religiones, al menos en nuestra tradición judeocristiana tenemos dos casos insignificantes de decapitación en la historia bíblica, mismos que ilustran que esta práctica no está nada alejada de las cosas sagradas de nuestro mundo material, profanado por la guerra simbólica en la que está sumido el país.

El libro bíblico de Judit⁶, que significa *la judía* y forma parte del antiguo testamento, está catalogado como una novela corta relacionada con una promesa de Dios a Abraham en Génesis (12, 2-3) e íntimamente vinculada a Levítico (26) y Deuteronomio (28). Judit, mujer bella que asombraba a cualquier varón, utilizó su don para destruir el poderío de uno de los ejércitos más poderosos, el Asirio del rey Nabucodonosor, y salvar de él a su pueblo (el israelí). La estridencia de su belleza atrajo al jefe supremo del ejército sirio, Holofernes (Judit, 2)⁷, quien después de tres días no pudo resistir su seducción. La invitó a compartir con él manjares que ella rechazó, embriagado se durmió y se quedaron solos (Judit, 12)⁸. Así fue como un siglo antes de Cristo se dio el degüello de Holofernes, ejecutado con dos golpes en la *cervix*⁹.

En el siglo I d.c. la sensual princesa judía Salomé en el banquete de cumpleaños a su padrastro, Herodes Antipas, lo sorprende con sus danzas eróticas y éste le ofrece lo que ella desee, incluso la mitad de sus tierras, más ella aprovecha la ocasión para vengarse de Juan Bautista por condenar socialmente su matrimonio con el hermanastro de su

primer esposo; es así como Salomé recibe la cabeza del Bautista¹⁰.

Ambas historias muestran cómo la decapitación ha trascendido como acto simbólico de violencia, quedando atrapado en el imaginario colectivo, representando un castigo que va tanto en contra de la *lex divina* como de la *lex humana*; *iusnaturalismo*. Una cabeza cortada ante el ojo humano es tan impresionante e imposible de codificar y resignificar para el cerebro, que genera un *shock*. Por eso tradicionalmente aparece como una estrategia para hacer la guerra por medio del terror simbólico, buscando intimidar a unos y “legitimar” a otros. Quizá la siguiente promesa de Dios a Abraham nos diga algo de las anteriores historias: “Dios defendería a su pueblo cuando fuera fiel a la ley; pero lo entregaría a los enemigos cuando se alejara del cumplimiento de la ley”¹¹.

La violencia mínima y limitada

Ante este escenario en el que como dijo Hobbes, *el lobo del hombre es el hombre*, se requiere una noción de violencia que nos permita reflexionar y analizar la realidad empírica intangible, porque estamos de acuerdo con Marx en que *todo lo sólido se desvanece en el aire*, pero ahí en ese espacio —la mayor de las veces inconmensurable— siempre queda y está presente la violencia, independientemente de sus formas, está presente de manera simbólica, flotando en el imaginario colectivo de cada individuo y de la sociedad en su conjunto.

A continuación revisaremos las definiciones básicas que de la violencia se tienen, ya sea en el ámbito académico, así como en el práctico y veremos sus limitaciones tanto explicativas como empíricas. Podemos empezar por la definición minimalista de Mario Stopino para quien la violencia es “la intervención física de un individuo o grupo contra otro individuo o grupo”¹². Como vemos esta definición se reduce al aspecto sustantivo de la forma básica de la violencia, que es el atentar contra la integridad física del *otro*. Lo cual no es un asunto de menor importancia, pero dadas las formas de violencia que se observan a principios de siglo, su utilidad es mínima.

⁶ Judit, *La Biblia*, Edición pastoral, Latinoamérica, SOBICAIN, Madrid, 1989, pp. 883-895.

⁷ *Op. cit.*, p. 884.

⁸ *Idem*, p. 892.

⁹ El acto bíblico está representado en Uffizi, Florencia, por un claroscuro de Artemisa Gentileschi.

¹⁰ Este acto sacro está documentado en obras pictóricas del italiano Guercino, que yace en el Museo Cívico Rimini de Italia, así como en la obra de Caravaggio.

¹¹ *La Biblia*, *Op. cit.*, p. 883.

¹² Rodríguez y Mora, “Violencia y crisis de autoridad en México” en *El Cotidiano*, No. 135, año 21, enero-febrero, 2006, p. 8.

Un poco más elaborada es la definición del politólogo Norberto Bobbio, quien en su diccionario de ciencia política, nos dice que la violencia puede ser directa o indirecta, estando asociada al impedimento de que el otro lleve a cabo materialmente una acción; es contravenir su voluntad, dando como resultado “una modificación dañosa del estado físico del individuo o del grupo que es el blanco de la acción violenta”¹³.

Esta definición académica trae consigo la tradición materialista en la que se han enfrascado la mayoría de las ciencias sociales y humanas en la modernidad, por ello, si bien no es mínima sigue siendo limitada y no es satisfactoria para explicar lo amplia y compleja que es la fenomenología de la violencia. Sobre todo en el inicio del nuevo horizonte de paradigmas que está motivando el mundo de la comunicación visual de masas, que ha dado pie, entre otras cosas, a la telemática, la programación, la cibernética, la robótica, el Internet y ya veremos los aportes de la punta de flecha que es ahora la nanotecnología.

Sin embargo, hay que reconocer que la definición de la ciencia política, entendida como teoría para la práctica, es conceptualmente hablando operacional en el mundo empírico. Por ello, en términos del método y la lógica que para las ciencias sociales establece Sartori, goza de una buena aplicabilidad para hacer medible la realidad empírica tangible¹⁴.

Por lo anterior, en concordancia con los autores del artículo “Violencia y crisis de autoridad en México”¹⁵, estoy de acuerdo, coincido con ellos en que hace falta y es necesario tener una concepción más amplia de la noción de violencia. De hecho este artículo fue motivado por él. Como se ha visto líneas arriba, la violencia simbólica no es nueva, sólo que se ha recrudecido recientemente; es inherente a la naturaleza humana y colateral a la evolución sociocultural. En palabras del pacifista Johan Galtung es “tan natural como el aire que respiramos”¹⁶.

La concepción de Galtung es más amplia que la del diccionario de política, aunque termina siendo un tanto relativista, dado que nos dice que cuando se ejerce violencia existe o no un objeto foco de ella, hay presencia o no del sujeto en acción, puede ser deliberada o no, manifiesta o latente y tener un enfoque negativo o positivo de su influencia.

¹³ *Diccionario de política, siglo XXI*, México, 1982, pp. 1671-1680.

¹⁴ Giovanni Sartori, *La política: lógica y método en las ciencias sociales*, FCE, México, 2003.

¹⁵ Rodríguez Mora, *El Cotidiano*, *Op. cit.*, pp. 8-9.

¹⁶ *Ibidem.*, p. 9.

Para Galtung la violencia “está presente cuando los seres humanos se ven influidos de tal manera que sus realizaciones efectivas, somáticas y mentales, están por debajo de sus realizaciones potenciales”¹⁷.

Desde la perspectiva de Galtung el entendimiento de la violencia se debe dar desde el ámbito estructural de la sociedad, en donde las instituciones, entendidas como reglas del juego social, y las normas limitan las potencialidades de los individuos.

La violencia estructural entonces es aquella a la que estamos expuestos todos al formar parte de una sociedad, podríamos decir que es racional por la capacidad limitada que tenemos de construir sociedades como la *Utopía* de Moro.

Hacia una concepción ampliada e integral de la violencia

Una vez que hemos revisado las definiciones mínima y limitada de la violencia, continuemos con el planteamiento inicial y veamos con más detalle cómo es que la violencia tiene una dimensión simbólica desde la noción de contaminación sociocultural. Si bien la noción de Galtung es amplia, estructural, dinámica y va de lo individual a la global, siendo completa, creemos que quizá la lente de la antropología social inglesa y con ella su experiencia en las formas tan expresivas y desgarradoras de la violencia que se han vivido en los mundos no accidentales como el África, nos puede ayudar a tener una alternativa para entender de forma simbólica el fenómeno que subyace a la vida humana; la violencia.

Desde esta escuela de antropología podemos entender la violencia como una forma de contaminación simbólica, que en términos de la definición politológica se puede clasificar como un tipo de violencia en la que no hay intervención física, pero es directa y se da a través de símbolos que rompen los códigos culturales propios de una sociedad y su cultura.

La idea de contaminación como violencia, la obtuvo la antropología de uno de los sistemas socioculturales más elaborados de estratificación social, el hindú, en donde la regla— hasta hace poco tiempo— era pertenecer a una casta (palabra de origen portugués que significa “raza”) y reproducirse en ella¹⁸. De lo contrario, tanto el individuo como la casta se verían contaminados, de ahí el mote de *intocables* que adqui-

¹⁷ *Idem.*

¹⁸ Lucy Mair, *La antropología social*, Alianza Editorial, Madrid, 1978.

rió la casta inferior al ser estigmatizada en el sentido de que sólo el que la sombra de uno de ellos tocara algún objeto de otra casta, su territorio y no se diga sus cuerpos, sería un acto motivo de contaminación simbólica¹⁹.

En el mundo hindú la antropología explicó el fenómeno como un mecanismo de diferenciación para la supervivencia con base en la división del trabajo, garantizando una sociedad altamente cooperativa al interior de cada una de las castas. Se encontró una relación entre lo profano con la contaminación si se daban intercambios socioculturales exógenos a la casta y lo sagrado con la reproducción con base en una relación endógena; intracasta.

Las castas solamente interactuaban entre ellas en los espacios liminares de los procesos rituales, en donde las relaciones se alejaban del campo de lo sagrado y lo profano, entrando a ese intersticio en el que “todo se vale”.

La estratificación social hindú tenía una motivación positiva inconsciente aparentemente irracional, la conservación de un orden social estricto con base en el sistema de castas, aunque tuviera subjetivamente, de manera racional y consciente, consecuencias negativas; psicológicas de discriminación sociocultural que daban como resultado la estigmatización del otro.

En nuestras sociedades la contaminación no se da al tener contacto con otras clases sociales o con otros grupos a los que no pertenecemos, se da simbólicamente al nivel social de interacción, por ejemplo, a través del contacto con los *mass media*. Cuando se publican, transmiten y difunden los actos de violencia focalizando los cuadros más crueles y sanguinolientos, dejando atrás el análisis institucional y organizacional que puede estar detrás de ese tipo de interacciones interpersonales y de grupos²⁰.

Esta forma y tipo de violencia no aparece extraordinariamente, son hechos y acciones del paquete diario de información que nos mediatiza y a través del cual transcurre la vida cotidiana de nuestra comprensión del entorno y búsqueda de sentido a la vida en comunidad. Estos procesos de comunicación de crímenes, abiertos a la sociedad dan como resultado un acto de contaminación simbólica de masas que se fija en el imaginario colectivo.

Es de esa manera como se socializa una percepción de temor y de vulnerabilidad que si bien es propia e inmanen-

¹⁹ En el estudio de Mair, *Op. cit.*, se documenta cómo el grado de distinción entre castas llevó a que cada una tuviera sus propias calles.

²⁰ En el suplemento de *Reforma* que cite arriba se incluye una imagen que nos contamina, porque nos deja estupefactos: se trata de un perro callejero lamiendo la sangre de las cabezas que se exhibieron en la presidencia municipal de Acapulco.

te a la naturaleza humana, puede tener otros enfoques y tratamientos. Pero como no los tiene, los medios nos dan un manejo informativo impurificado que intoxica: contamina. La instalación de cabezas humanas en espacios públicos de nuestra sociedad, es a lo que podemos llamar contaminación simbólica, entendida como una forma más de violencia que se produce por unos grupos y se reproduce tal cual por otros. Esto al nivel simbólico de interacción social, desde el horizonte cultural en donde la cultura es una urdimbre de significados que hay que procesar, analizar e interpretar²¹, se traduce en un evento sin sentido social y por eso nos contamina simbólicamente.

Sufrimos de contaminación simbólica porque al tratar de encontrar sentido y tener la necesidad de decodificar el mensaje en el marco de nuestros códigos culturales comunes, públicos, y no encontrarlo, sino por el contrario tener un conjunto de signos y símbolos divergentes, es decir, de significaciones culturales públicas que subvierten el orden social, nos enfrentamos con una realidad que violenta nuestra búsqueda de sentido y nos genera un malestar, quizá la náusea (Sartre), que va desde lo orgánico hasta lo sociocultural, pasando por el aspecto psicológico, pero que inicia en la dimensión semiótica que es la base cognitiva de la interacción humana en sociedad.

La contaminación simbólica en las tipologías de la violencia

Veamos cómo se pueden complementar y enriquecer las tipologías de la violencia, tanto la que surge del planteamiento de Galtung con respecto a que hace falta una concepción amplia para el estudio y análisis, como la que emerge de la Organización Mundial de la Salud (OMS) a partir de 2003, que va dirigida a identificar las formas de violencia que, tradicionalmente, se presentan en las sociedades del mundo y que deben atender los gobiernos bajo el estado de derecho que corresponda a cada nación, siendo un marco de referencia preventivo para salvaguardar los derechos humanos internacionalmente.

Tomamos estas dos tipologías que sobre la violencia se han realizado siendo conscientes de que existen otras, mas la razón de considerarlas es porque entre ellas se da un buen contraste, por un lado, por el ámbito del que emergen y por otro, porque ambas se han desarrollado en los últimos años.

²¹ Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, México, 1991, p. 20.



Desde el terreno de la investigación científica, la configuración de las relaciones que puede tener la violencia al nivel personal y estructural que establece Galtung en su tipología, difiere en mucho de la tipología de la OMS. La concepción que de la violencia encontramos en Galtung, parte de un modelo *tipo ideal*, en donde la violencia como parte de la realidad se modela a partir un diagrama binomial con base en seis variables, ofreciendo una tipología de la que al menos podemos derivar 12 tipos básico de violencia adjetivada.

Lo que se propone es que la noción de contaminación simbólica como otra forma de violencia, complementa la tipología de Galtung, para que su relación de violencia a secas parta del proceso simbólico que conlleva cualquier tipo de violencia. Entonces se podrá entender que la violencia inicia en el proceso semiótico de la interacción cultural y de ahí se manifestará en el ámbito personal y/o estructural a través de sus adjetivaciones y subjetivaciones en la sociedad.

Por su parte, la configuración que de la violencia hace la OMS, parte de una concepción tangible del fenómeno. Es una propuesta construida a partir de las formas que efectivamente se han podido identificar, no construye un mode-

lo *tipo ideal* para representarla, por el contrario establece un modelo *idea type*, que surge del estudio empírico de las diversas configuraciones que en realidad se dan en la práctica de la violencia en el mundo.

Es un modelo materialista en donde se quiere reflejar cómo se está manifestando la violencia en la práctica, en la vida cotidiana de las sociedades y su cultura. Por ello, la OMS no parte como Galtung de la dimensión personal y/o estructural, sino del tipo de naturaleza de la violencia que puede tener hasta cuatro manifestaciones distintas, que con base en 12 variables con las que se puede relacionar su naturaleza, nos ofrece hasta treinta y ocho formas posibles, en las que se manifiesta y puede aparecer la violencia de facto. Pero no incluye la violencia simbólica que la enriquecería y es ineludible contemplar dado su incremento en los últimos años, al menos en relación a decapitaciones en el mundo.

Los modelos teóricos ideales generalmente son menos complejos que la realidad, son sólo una aproximación, una representación posible de la realidad. Los modelos tomados de un entorno con un contexto dado, bajo circunstancias disímiles y cambiantes son inconmensurables, diversos y complejos, aunque quizás menos abstractos que los tipos ideales y por ello son más difíciles de manejar. De ahí las ventajas y desventajas de ambos planteamientos, para el estudio y análisis de la violencia contemporánea, así como su necesidad de incluir la dimensión simbólica más allá de la psicológica.

Como procedimiento hipotético, antepongo la violencia simbólica a la psicológica, aunque para ello debemos entender a ambas como procesos cognitivos concientes y racionales. La dimensión simbólica se desprende de los estímulos psíquicos que se traducen en motivaciones que conducen a procesos de contaminación. Tenemos que institucionalizar el tratamiento de la violencia simbólica, para estar en posibilidad de configurar sus manifestaciones como una forma más de contaminación sociocultural y tener la oportunidad de identificar un mayor número de formas y configuraciones de esa violencia, entenderla y atenderla, buscando revertirla.

Termino estas reflexiones reconociendo que las propuestas revisadas son útiles para reintroducir el concepto de violencia simbólica, sobre todo porque sí consideran la dimensión psicológica de la violencia. Pero podría pensarse que ahí se puede incluir la violencia simbólica y eso no es del todo así. La violencia simbólica se debe diferenciar de la psicológica y no sólo la debemos reconocer y empezar a identificar, tenemos que estudiar sus linderos teórico-metodológicos y sus incidencias sociales y culturales, buscando su prevención.